

Familia y medios de comunicación. Pistas para pensar en la investigación

Fecha de recepción: 8 de septiembre de 2006. Fecha de aprobación: 2 de octubre de 2006.

*Luis Alfonso Guadarrama Rico**

RESUMEN

En el ámbito de la investigación, la interacción entre la familia y los medios de comunicación exige la revisión de su andamiaje conceptual, a fin de encarar de mejor manera procesos de acercamiento a las distintas realidades de las familias y su relación con los contenidos mediáticos. En este artículo se plantean reflexiones en torno a las dimensiones que revisten las categorías familia(s), casa y perspectiva de género, con el propósito de arrojar luz acerca de las implicaciones que tienen dichos conceptos para analizar las interacciones mediáticas.

Palabras clave: Familias, interacción mediática, casa, perspectiva de género, influencia, investigación.

ABSTRACT

In the field research, the interaction between the family and the information media is demanding the revision of its conceptual scaffolding, in order to study the processes of approach to the different realities of the families and their relation with media studies, in a more complex way.

* Profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la UAEM. Maestro en Comunicación. Actualmente es el Coordinador Ejecutivo de la Red Iberoamericana de Investigación en Familia y Medios de Comunicación (FAMECOM). Candidato a doctor en Comunicación por la Universidad Veracruzana, México.

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación más amplio denominado: *Familias e interacción mediática*, mismo que ha sido financiado por la Universidad Autónoma del Estado de México. Asimismo, constituye parte de los esfuerzos que se hacen en la Red Iberoamericana de Investigación en Familia y Medios de Comunicación (FAMECOM) y en el cuerpo académico: *Formas de Interacción y Mundos de Vida*.

In this article, it is aimed to reflect on the dimensions that cover the differences of family class, household and gender, in the light of the analysis about these concepts and the mass media interaction.

Key Words: Families, media interaction, households, roles gender, influence, research.

INTRODUCCIÓN

Los medios de comunicación han sido estudiados, básicamente, desde dos ángulos: como organizaciones o empresas que generan y transportan información para edificar procesos complejos en la sociedad en general (Garitaonandia, 1987; Crovi, 1990, 1993, 1994; Trejo, 1992, 1993; Sánchez, 1991; Mazzioti, 1996; Pastoriza, 1997; Whitaker, 1999; Gutiérrez, 2000), o de manera separada, para buscar las relaciones entre un medio en particular (televisión, radio, prensa escrita, cine, video, Internet, telefonía, etc.) y los consumos o usos que hacen determinadas personas, grupos o estratos (Orozco, 1987, 1990, 1991, 1992, 1993; Barrios 1992; Lozano, 1994; García Canclini, 1996; González, 1993; Jensen, 1985; Lull, 1988, 1990, 1992; Morley, 1986, 1994; Silverstone y Hirsch, 1996; De la Peña, 1992; Jiménez, 1993; Sánchez, 1994; Crovi, 1999; Guadarrama, 1997a, 1997b, 1998a; Turkle, 1997; Cortázar, 1998; Caballero y Pineda, 1999; Gripsrud, 1999; Garitaonandia, 2000).

Sin embargo, los medios de comunicación no se vinculan de manera aislada ni con personas que se encuentran desvinculadas

de otras esferas como el trabajo, la escuela, los grupos de relación y la familia. En Latinoamérica, en años recientes, se ha empezado a dirigir la atención sobre la familia y algunos medios de comunicación, aunque de manera particular se ha privilegiado la relación con la televisión (Orozco, 1991b, 1992; Barrios, 1992; Llano, 1992; Segura, 1992; Covarrubias, et. al., 1994; Cornejo, 1992; Renero, 1995; Aguilar, et. al., 1995; Guadarrama, 1996b, 1998a; Ibarra, 1998; Crovi, 1999).

Para ello, mi punto de vista es que se han empleado marcos teóricos que no están expresamente orientados a comprender las múltiples dimensiones que representa el mundo familiar, puesto que las bases conceptuales han sido tomadas de los aportes de la sociología; la antropología y en menor medida desde una visión psicológica y/o terapéutica, aunque en esta última destacan investigaciones y ensayos generados durante los últimos 10 años (Guinsberg, 1990, 1991, 1997, 1998, 1999 y 2000; Turkle, 1997).

Esto ha generado que la familia y su relación con los medios de comunicación no haya sido estudiada desde una óptica más compleja y, en cambio, se plantean conclusiones, suponiendo que basta con explicar qué nivel socioeconómico tiene el sistema familiar; cuántos miembros lo componen y cómo se relacionan con determinados géneros o programas o bien, qué “efectos” o “mediaciones” se fraguan antes, durante o después de encender el televisor. Creo que los intereses y hallazgos han mantenido frecuentemente una sola dirección: del medio tecnológico o contenido mediático

(televisión, radio, prensa, cine, etc.) hacia el sistema familiar; como tratando de dar cuenta del “poder” o las transformaciones generadas por el medio en la familia o en algunos de sus integrantes. Asimismo, al segmentar la interacción entre la familia y algún medio de comunicación, se ha ofrecido un ángulo muy recortado que ya no corresponde a la multiplicidad de medios de comunicación que ambientan el escenario familiar de manera cotidiana, por lo menos desde la segunda mitad de la década de los ochenta (Guadarrama, 1998a, 2000b).

Adicionalmente, en torno al tema que nos ocupa, mis registros me orillan a concluir que la mayor proporción de las investigaciones realizadas en México se concentran en el Distrito Federal, Guadalajara, Colima y Monterrey. Desde luego dicha presencia responde también a la forma en que se desarrolla el crecimiento de las escuelas de comunicación y el consecuente desarrollo de los centros de investigación (Fuentes, 1997, 1999).

En otras palabras, no sólo poseemos un conocimiento que privilegia la relación familia y televisión, sino que además se ha concentrado geográficamente en cuatro entidades del país: Distrito Federal, Jalisco, Colima y Monterrey.

Desde tal marco de preocupaciones, quiero contribuir con una serie de planteamientos en torno a lo que representa la familia como concepto y las implicaciones teóricas y metodológicas que conlleva cuando tratamos de investigar —desde el espacio íntimo y doméstico de la familia— algún fenómeno interaccional relacionado con

los contenidos mediáticos. Desde tal punto, trataré de hacer énfasis en las familias mexicanas, haciéndome acompañar de las contribuciones emanadas del avance de las nuevas tecnologías en el entorno mundial, la sociología, la demografía, la terapia familiar sistémica, las aportaciones de los estudios de género, así como algunos hallazgos de investigación reportados por distintos colegas del campo de la comunicación y otros más que he retomado de mi propio trabajo.

ENTORNO MEDIÁTICO Y FAMILIAS

¿Qué características generales tiene el entorno que circunda a las familias urbanas?

Con relativa independencia de si se trata de micromundos radicados en Veracruz, Campeche, Guadalajara, Colima, Distrito Federal, Monterrey, Ciudad Victoria, Metepec o Toluca, el entorno muestra una clara y acentuada tendencia a la urbanización. Aunque el éxodo campo-ciudad dio inicio hacia finales de la década de los cuarenta, prácticamente tuvieron que pasar casi 30 años, para que los rasgos del urbanismo dieran clara cuenta de su avance. Hoy, en México, poco más de 74% de las familias viven en algún medio urbano (INEGI, 2000). Sin embargo, ello no debe traducirse, necesariamente, como un paquete nutrido de ventajas; por el contrario, parece que la urbanización incluye una serie de problemas como la inseguridad pública, altos índices de violencia, escasez de servicios básicos como agua potable, drenaje, alcantarillado; medio ambiente

contaminado y las consecuentes repercusiones en la salud física.

El país y gran parte del orbe, después de la década de los ochenta, inició una pronunciada orientación laboral hacia el sector terciario, es decir hacia la prestación de servicios, en menoscabo —centralmente— de los sectores primario y secundario (INEGI, 2001). Este fenómeno ha estado vinculado también con fenómenos migratorios y con el consecuente abandono de terrenos cultivables, en tanto se privilegia la vida urbana.

Prácticamente hace poco más de un cuarto de siglo que la economía de los llamados países en desarrollo y, en consecuencia, las familias que habitamos en ellos, entramos en una precarización constante de sus economías domésticas. Los especialistas señalan que el movimiento neoliberal y la globalización han acentuado cada día más este perfil e, incluso, hay quienes explican que la incorporación de las mujeres al mercado laboral era una medida que habría ocurrido con o sin el movimiento feminista o, más recientemente, con la aportación de los estudios de género; afirman que de hecho no habría quedado otra salida, en tanto el salario de un adulto (jefe de familia) no alcanzaría para responder a las exigencias más elementales de la economía familiar.

Centralmente, la globalización económica ha generado una mayor desigualdad entre los países ricos y pobres y, aun en los llamados en vías de desarrollo. Además, con la fusión de las megaempresas, como medida de sobrevivencia en un mercado mundial cada vez más competido, ha provocado que

la estabilidad económica de los países sea un asunto del pasado, pues con la interrelación que existen en los distintos mercados, las recesiones en las que de pronto entran los países, afectan —con distintas magnitudes— tanto el desarrollo como las expectativas de los países y de las personas. Hoy, en México, se habla de más de 50 millones de personas pobres y se avizora que, de continuar la tendencia globalizadora, el número de pobres e indigentes avanzará aun más en los años por venir.

El despunte de las telecomunicaciones y la microelectrónica dan vida a una revolución tecnológica sin precedentes, pero también han generado un desenfrenado comercio internacional en el ramo de los electrodomésticos y las llamadas Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (NTIC).

Hoy, parece que en los medios urbanos la mayoría de las personas y de las familias no pueden escapar al embate de las microcomputadoras, la Internet, el horno de microondas, la televisión, la radio satelital, el teléfono celular, los videojuegos y los radiolocalizadores. Dichas tecnologías están generando amplias transformaciones en nuestras maneras de enfrentar y resolver la vida cotidiana así como nuestros empleos, pero también han provocado incertidumbre y volatilidad en las ocupaciones, como un comportamiento casi compulsivo por adquirir la nueva edición de cuanto dispositivo o equipo producen y venden las megaempresas de telecomunicaciones.

Al mismo tiempo, y debido a esta profusa interconexión y, como algunos la denomi-

nan, sociedad de la información, las nuevas tecnologías como la microcomputadora se han convertido en verdaderos portales para “ver pasar” una vorágine de acontecimientos venidos de todas partes del mundo. Desde aquel 11 de septiembre de 2001, debido a los lamentables ataques que vivió la población estadounidense, muchas personas se han mantenido interconectadas con la misma agenda y, a partir de ello, pero no sin sesgo, las familias se entera que en la región mediorienta existía un país llamado Afganistán y que allí, las mujeres padecen vejaciones hasta hace poco desconocidas para una gran proporción de la audiencia.

En otro aspecto, un movimiento muy similar está sucediendo en materia de las industrias mediáticas. Cada día, empresas como Televisa, TV Azteca, Teléfonos de México, a través del Grupo Carso; TV-Globo en Brasil, o Telefónica, en España, buscan con desesperación establecer alianzas estratégicas para poder conquistar el mercado mundial y, con ello la audiencia. Este proceso ha generado que, en materia de contenidos, muchas familias de distintos países estemos relacionándonos con las mismas estructuras narrativas o géneros mediáticos. Así, programas de concurso, de humor, deportivos, noticiosos, películas y telenovelas, estructuran la programación mediática e incluso, a través de la exportación de “éxitos”, en la mayoría de los países de habla hispana de América Latina, se puede comprobar que existen programas que la gran mayoría de las familias han visto desfilar por sus pantallas chicas, sin distinción de nivel socioeconómico, generación, nivel educativo o sexo. Y ello se debe,

precisamente, al movimiento globalizador de la industria del entretenimiento que circunda en las familias.

Desde este marco de tendencias videotecnológicas e informativas que arriban, en mayor o menor medida, a los ámbitos privados y domésticos de los sistemas familiares, estamos obligados a tenerlo presente en nuestros procesos de acercamiento a las familias y en las consecuentes pautas de relación e interacción mediática que podríamos observar en cada caso. Al mismo tiempo, a pesar de ser un marco que rocía a muchos sistemas familiares, debido a los movimientos de globalización, la cantidad, tipo y formas de interacción mediática se torna diferencial y exige una óptica global, local y microfamiliar, para poder hallar y explicar los finos matices que se edifican en distintos sistemas familiares y sus consecuentes trayectorias.

¿QUÉ PENSAMOS CUANDO DECIMOS “FAMILIA”?

Ya que en la mayoría de los casos nacemos en una atmósfera familiar, habría que decir que constituye un tema en el que casi automáticamente nos sentimos especialistas para aportar reflexiones. Desde allí, desde estas vivencias, muchas (os) expresamos lo que pasa en el hábitat familiar y contribuimos a la representación colectiva de las cualidades y características que —suponemos— le constituyen. En torno al tema de la “familia”, flota y se recrea un discurso social, una narrativa cuasi-hegemónica que va y viene de la membrana sociocultural y que opera como referente

ideológico en torno a qué “deberían” contener la vida cotidiana de las familias.

La mayoría de las personas, al aludir o pensar en el mundo familiar, regularmente hacen referencia explícita o implícita a la estructura conyugal, nuclear, (pretendidamente monogámica) y heterosexual, es decir, a la composición de sistemas familiares constituidos por la madre, el padre y sus respectivos hijos.¹

Desde la segunda mitad del siglo xx, en gran parte del mundo occidental tratan de convencernos que la familia “perfecta” es aquella en la que la pareja fundante concibe y da crianza a los hijos propios, hasta que un día se marchan para fundar su propio sistema familiar. Pero debemos recordar, en todo caso, que no existe un modelo de familia mejor que otro; que todos los sistemas y estructuras familiares tienen y viven sus propios desafíos y trazan sus propias trayectorias, no desprovistas de logros, calidad, calidez, sinsabores y momentos felices o desdichados.

Si hemos de admitir este primer punto, la “familia” como categoría teórica, representa una dificultad para acometer trabajos de investigación pues hoy se prefiere el uso del plural (familias), en tanto se asume que coexisten muchos tipos, tanto en su estructura como en su dinámica y, más aun, cuando se trata de estudiar trayectorias familiares de diversa índole (Guadarrama, 2000c). Desde aquí adelante que —en el campo de la comunicación en México— he identificado una mayor proporción de trabajos que privilegian estudios sobre familias “convencionales”, es decir, de estructuras

conyugales-nucleares o ampliadas. ¿Cómo podríamos explicar esta tendencia en los estudios comunicacionales? Demos un paseo por las cifras e indicadores sociodemográficos.

ESTRUCTURAS FAMILIARES

La tipología de familias en México continúa siendo dominada por la estructura nuclearizada. Si bien dicho perfil se ha modificado sensiblemente en los últimos años, me parece que ello puede guardar íntima relación con la adscripción a la religión católica que desde hace poco más de 500 años entreteje nuestra cultura.

Con base en las cifras oficiales reportadas por el INEGI, se puede verificar que, en el ámbito nacional, siete de cada 10 hogares familiares² son de tipo nuclear y prácticamente dos están en la tipología de los ampliados. Estas cifras generales, sin embargo, deben ser leídas a la luz del porcentaje de población radicado en el medio rural y urbano marginales, en los que se mantiene fuertemente el rasgo de las familias ampliadas. Por otra parte, debe verse con especial atención el hecho de que las personas y/o las familias empiezan a encontrar nuevas formas de vida como lo refleja la incipiente cifra de los hogares de tipo compuesto (0.84%), es decir, se trata de hogares familiares nucleares o ampliados que incluyen una o más personas sin lazos de parentesco con el jefe del hogar. En este sentido, como lo aclara el propio INEGI (2001) puede haber empleados domésticos y sus familiares.

Si bien he comentado que aún domina la estructura de tipo nuclear en las familias mexicanas, también podemos apreciar que internamente la estructura y organización presenta cambios ostensibles. Con base en las mismas cifras oficiales del INEGI, se puede constatar que la jefatura de los hogares se ha modificado en forma considerable tanto en los hogares nucleares como ampliados. Vale recordar que hace poco más de tres décadas, la jefatura del hogar estaba fuertemente dominada por el sexo masculino; ahora se registra una creciente presencia de las mujeres como jefas de hogar. Como lo explican varios demógrafos, dicha condición está relacionada con factores como el ingreso económico de cada integrante de la pareja, mayores niveles educativos, sobre todo en el caso de las mujeres, separaciones, divorcios y/o fallecimientos del cónyuge masculino.

Me parece que este nuevo perfil nacional en la vida de las familias, pone de relieve que emergen nuevas condiciones de género y, por ende, la trayectoria de los sistemas familiares y su interacción mediática también se ha modificado de manera más clara. Al mismo tiempo, las nuevas generaciones de hombres y mujeres están ante un panorama en el que se desdibuja (no sin tensiones) la figura masculina como único proveedor económico del hogar (Badinter, 1993); ahora las mujeres no sólo timonean o comparten la economía doméstica sino que ello ha replanteado las pautas de interacción entre uno y otro sexo, amén de un marco de nuevas relaciones frente a los hijos y las hijas.

Desde esta óptica, cuando investigamos la relación y las interacciones que despliegan

los sistemas o subsistemas familiares con los contenidos mediáticos, tenemos el reto de incorporar estas mutaciones que están viviendo los sistemas, pues se pueden comprender de mejor manera cómo es que muchos infantes han tenido que aumentar el tiempo frente a la pantalla catódica o a la computadora, mientras una madre, jefa de familia, está enfrascada tanto en su empleo como en la orquestación de la vida reproductiva y doméstica. Desde otra óptica, también debemos considerar que la capacidad económica del sistema familiar puede contar con dos proveedores (madre y padre) y que ello puede ser parte de la explicación de un mayor equipamiento mediático en los hogares.

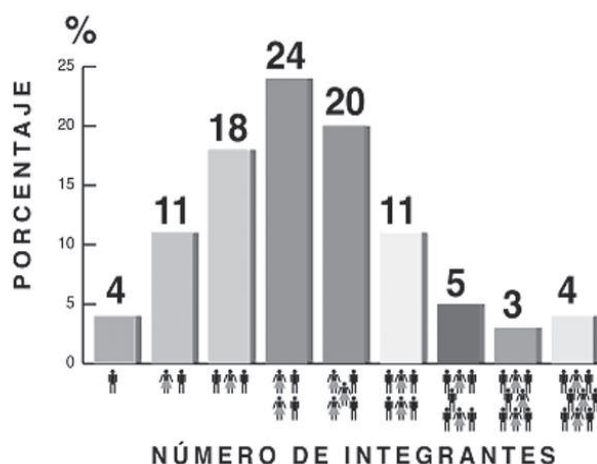
TAMAÑO DE LAS FAMILIAS Y NUEVAS INTERACCIONES MEDIÁTICAS

Respecto al tamaño o número de integrantes, también se han registrado cambios muy importantes, fundamentalmente en los medios urbanos, no así en los medios rurales y entre los grupos indígenas de nuestro país. En el gráfico 1, se aprecia la tendencia nacional que presentan los hogares. Desde esos indicadores podemos contar con una aproximación al tamaño de los sistemas familiares en México. Las principales crestas están entre los tres a cinco integrantes, despuntando la cifra de cuatro personas por hogar (y quizá familia). Si retomamos el hecho de que más del 75% se declara con estructura nuclear, podemos pensar que la mayoría de las familias han decidido tener entre uno y tres hijos, como

tendencia predominante³. Es decir, queda de manifiesto que aquellos spots mediáticos que se empezaron a emitir desde la década de los setenta, en torno a que “la familia pequeña vivía mejor”, han dado sus frutos, pues el perfil del tamaño de los sistemas familiares es clara cuenta de que el “mensaje” logró convencer a la mayor parte de la población urbana.

GRÁFICO 1

TAMAÑO DE HOGARES DE ACUERDO CON EL NÚMERO DE INTEGRANTES SEGÚN EL PERFIL NACIONAL



FUENTE: XII Censo General de Población y Vivienda 2000, INEGI.

Por supuesto, no pierdo de vista que esta campaña estuvo fuertemente escoltada por un conjunto de factores que desempeñaron un papel fundamental en ese proceso de “convencimiento” por la estructura reducida en los sistemas familiares. Hay que traer a colación la invención y paulatina incorporación de la pastilla anticonceptiva y otros métodos complementarios como los dispositivos intrauterinos y los óvulos; la creciente incorporación de las mujeres al sistema educativo y laboral; la ampliación de servicios de salud pública y los programas de “persuasión” para aumentar las operaciones de salpingoclasia, a fin de contribuir a la reducción de los embarazos en mujeres en edad reproductiva. Sin lugar a dudas, las permanentes crisis económicas y la constante y sistemática pérdida de la capacidad adquisitiva, nos llevaron a la evidente conclu-

sión de que un solo proveedor económico no bastaría para mantener a esa “familia pequeña que debía vivir mejor”.

¿Qué reflexiones podríamos derivar a partir de indicadores sociodemográficos? Me parece que varias, de especial interés para el tema de las interacciones familiares y su relación con los medios de comunicación. En primer término, si colocamos como un punto de partida la estructura de la familia, por decir lo más elemental, el número de sus integrantes, podríamos tener en consideración que se han amalgamado dos movimientos: de un lado, un menor tamaño de personas y, del otro, mayor equipamiento mediático. Este doble movimiento desarrolla condiciones para acrecentar procesos de interacción mediática e intrafamiliar hondamente individualizados, poco gregarios. En consecuencia, será menos común o infrecuente que observemos —a la manera de los años sesenta y setenta— escenas en las que todo el sistema familiar está compartiendo un programa televisivo o bien, sentados en la mesa de la cocina o el comedor, escuchando un programa de radio.

Pero esta ausencia de escenas de interacción familiar y mediática no se debe a que la televisión haya *desunido* a la llamada “familia mexicana”, se debe —por un lado— a que los padres y las madres viven enfrascados en duras y extensas jornadas de trabajo; por otro, a que la miniaturización y el abaratamiento de las tecnologías mediáticas se han puesto, en mayor o menor medida, al alcance de los bolsillos de esos padres y/o madres de familia, y con ello han logrado adquirir más bienes mediáti-

cos para sus hijos e hijas; quizá tratando de acallar no pocos sentimientos de culpa sobre todo por parte de las madres en torno al poco tiempo que pueden dedicar a sus vástagos.

Sigo con los costados. Por otra parte, esa baja presencia de escenas familiares en plena conjunción, ha generado que la oferta producida por las megaindustrias del entretenimiento se diversifique o especialice para tratar de llegar a segmentos de audiencia intrafamiliar. Baste dar un rápido recorrido mental a la megaoferta de la pantalla catódica, a la Internet y a la radio, por sólo referir algunos medios, para constatar que se han desarrollado vertiginosamente canales, barras programáticas, sitios y páginas expresamente diseñadas para determinados subsistemas de la familia. En menos palabras, tanto la estructura de los sistemas familiares, sus rutinas intra y extrasistémicas como el despunte de las telecomunicaciones y la microelectrónica constituyen caldo de cultivo para trazar las características de lo que hoy vemos en nuestras interacciones mediáticas. Se trata de un proceso más complejo que nos invita a sobrepasar las tradicionales formas de pensamiento binario o lineal.

DINÁMICAS FAMILIARES, TRAYECTORIAS Y ESCENAS MEDIÁTICAS

Quiero exponer un par de características más. La primera gira en torno a la dinámica familiar. Dicha cualidad, según la narrativa social (Langellier y Peterson, 1997), debe estar articulada con ingredientes como el amor, la comprensión, el apoyo mutuo, el

encuentro pasional entre los cónyuges, la atención, la calidez y una positiva pauta comunicacional capaz de resolver cualquier conflicto incipiente, profundo o grave entre los miembros de la familia.

La experiencia da clara cuenta de que esas características *positivas* que deben identificar al ámbito o la atmósfera familiar constituyen más bien un anhelo, un reto, una lucha constante para tratar de conseguir o mantener esa dinámica familiar caracterizada por la unión, el amor y la buena comunicación. El conflicto es consustancial a la propia existencia y resulta poco humano imaginar que la vida familiar ha de discurrir plétorica de calidez y atención. En todo caso, los sistemas familiares y sus integrantes, hacen esfuerzos explícitos o implícitos para que predomine la armonía intrafamiliar.

Lamentablemente, esas características positivas en la dinámica familiar suelen desdibujarse con mucha frecuencia en la vida cotidiana de los sistemas; no sólo por las propias historias emocionales e intelectuales entre sus integrantes, (desde la pareja conyugal o de base, hasta las relaciones e interacciones entre hermanos y/o hermanas) sino como resultado de la influencia de otros factores que pueden modificar y/o aniquilar una dinámica aglutinante y amorosa. Pensemos por un momento en situaciones como la incompatibilidad de caracteres o de sexualidades entre los cónyuges; imaginemos la difícil etapa de la adolescencia o de la juventud, en la que los hijos o las hijas, suelen coparticipar en conflictos intrafamiliares. Más rudamente, consideremos la posibilidad —nada remota— de que una

estructura monogámica se vea amenazada por la incursión de un nuevo afecto entre la díada conyugal. El conflicto y sus correspondientes consecuencias, surgirán y harán mutar esa dinámica familiar. Desde otra óptica, pensando más en el entorno de los sistemas familiares, imaginemos o reconstruyamos lo que sucede cuando la economía familiar se resquebraja por factores como la agudización del desempleo, las devaluaciones macroeconómicas o impactos de fenómenos naturales como huracanes o sismos.

Lejos de todo romanticismo apuntalado por una amplia colección de largometrajes clásicos del cine mexicano,⁴ el empobrecimiento económico y su extremo, la miseria, erosionan terriblemente la capacidad humana para dar muestras de amor; para edificar una dinámica familiar positiva, aglutinante y, por supuesto, para adquirir o participar de otros bienes como la educación y los buenos libros. Así, los sistemas familiares que convencionalmente hemos denominado de nivel socioeconómico bajo, deben constituir un punto de reflexión, y no sólo de referencia, en torno a las repercusiones que pueden provocar en su dinámica familiar, estructura y trayectoria, sobre todo si se trata de investigar y analizar —para el tema que me ocupa— tanto sus interacciones familiares como mediáticas. En consecuencia, ningún sistema está a salvo de una profunda mutación —para bien o para mal— de su dinámica familiar; sea por los factores que he apuntado o por una economía floreciente.

Antes de abordar el siguiente aspecto, quiero detenerme un poco en las implica-

ciones de la dinámica familiar y el vínculo que mantiene dicho componente sistémico con el análisis interaccional de cara a los medios de comunicación. Para ello, tomaré un atajo a través de la siguiente pregunta: ¿Qué escenas o interacciones pueden surgir en el ámbito íntimo y privado de la casa, cuando una pareja está mirando la televisión pero a uno de los integrantes le desagrada el programa en cuestión? Podemos imaginar distintas escenas, desde una decisión “negociada” o amorosa, hasta una ácida discusión entre la díada conyugal. Lo que me interesa poner de relieve es que existe la posibilidad de concluir —como de hecho lo han apuntado distintos estudios— que la televisión ha provocado tal escena interaccional.

Mi punto de vista es que dicha escena u otras que discurren en el mundo familiar, se ha interpretado con un andamiaje muy simple y lineal; es decir, se ha pasado por alto el contexto de la dinámica interaccional que priva entre los integrantes del sistema. Desde los albores de la década de los ochenta, Irene puso de manifiesto que cuando la televisión constituye un medio para evitar o interrumpir la comunicación en la familia, ha de interpretarse como un síntoma de desequilibrio en el sistema familiar (Goodman, 1983). Agregaría que no se trata de un asunto tan genérico como el «desequilibrio», sino que —a la hora de investigar— debemos tener en consideración el papel que puede desempeñar la *dinámica familiar* que gravita en el sistema. Desde luego, nuestro quehacer no está en la terapia ni se trata de hacer una exploración pseudopsicológica sino

de una exigencia epistemológica, teórica y metodológica, cuando uno de nuestros referentes y elementos de aproximación al fenómeno interaccional y mediático es «la familia».

Ahora quiero ocuparme de la segunda características que he referido en este subtema. Me refiero al curso de vida o trayectoria⁵. A este respecto, es frecuente que imaginemos —y que investiguemos— familias atrapadas «normalmente» en sus dos primeras fases: la inicial y/o la intermedia (Steinglass, 1993) es decir, suponemos que las familias se constituyen como tales sólo cuando tienen hijos e hijas pequeñas o cuando los vástagos arriban a la adolescencia o a la juventud.

Trayectorias como el escalonamiento entre hijos e hijas por segundas nupcias o uniones; por renovaciones de pareja; por adopciones tardías o tempranas; por separaciones, divorcios o fallecimiento de alguno de los cónyuges; por alargamiento de la adolescencia; por prácticas sexuales homo y/o bisexuales; por soledades y cambios estructurales que se presentan ante una vida más longeva por parte de alguno de los cónyuges de la pareja de base; por vástagos con problemas de salud como el síndrome de *Down*, la hemiplejía, la drogadicción, la parálisis cerebral o la discapacidad física o mental, constituyen referentes, discursos y cursos de vida familiar que sólo marginalmente han ocupado un lugar en la narrativa social. Pero de mayor preocupación es que dichas trayectorias y formas de vida no hayan conquistado su lugar en la interacción poligonal que las familias establecen con los medios de comunicación. Tal parece

que los dedicados a este tema no hemos logrado escapar a nuestra condición de clase y por ende hemos orientamos nuestros esfuerzos a explorar sólo determinados perfiles familiares correspondientes, en mayor o menor medida, con nuestras concepciones de lo que debe constituir el mundo familiar.

Desde esta óptica, mi planteamiento es que hace falta dirigir la mirada hacia otras estructuras, dinámicas y cursos o trayectorias de vida familiar para explorar los vínculos que se establecen con los contenidos y medios de comunicación. Al mismo tiempo, las técnicas de indagación (observación participante, entrevistas en profundidad, informantes clave, grupos focales, psicodrama, cuestionarios, entrevistas semiestructuradas o narrativas sistémicas) deben pasar por una discusión epistemológica y teórica. Aún más, salvo excepciones⁶, en la mayoría de las ocasiones, ni en calidad de apéndices son expuestas las técnicas e instrumentos empleados para construir los datos y dar cuenta de nuestro *acercamiento* a la realidad. La mayoría de los/as investigadores/as en el campo de la comunicación, nos hemos circunscrito a expresar que empleamos determinada técnica o *metodología*, sustentada en el trabajo de algún (a) autor o autores; en este tenor, es como si pretendiéramos enarbolar el «método de autoridad» para sustraernos de la exposición y discusión que cada caso demanda.

Por lo anterior, sostengo que como categoría teórica, «la familia» para acometer trabajos de investigación, debe ser colocada –más bien– en su acepción en plural «fa-

milias», en tanto se asume que coexisten muchos tipos, tanto en su estructura como en su dinámica y, más aun, cuando se trata de estudiar trayectorias familiares de diversa índole (Guadarrama, 2000^e). Con ello, me parece que abriremos cauces a otros trabajos de investigación que pongan de manifiesto qué está sucediendo en la interacción familiar y mediática, cuando se trata de distintas estructuras, trayectorias y dinámicas familiares.

LA CASA, UN ESPACIO ÍNTIMO Y PRIVADO QUE SE VINCULA CON EL ENTORNO

Ese territorio en el que finca su hábitat cotidiano la familia ha pasado por muchas etapas. El tamaño de las casas, la distribución y función de los espacios interiores así como el equipamiento doméstico, ha descrito una gran variedad de perfiles a lo largo de su historia como espacio que alberga a las familias (Rybczynski, 1989). Desde luego, tanto las transformaciones tecnológicas para la construcción de los inmuebles como el desarrollo de las sociedades y de las culturas han trazado perfiles desiguales y, en algunos casos, existen culturas como las africanas, las afganas, iraníes y japonesas que presentan no sólo una concepción marcadamente distinta de lo que priva en el mundo occidental sino, incluso, un concepto de privacidad e intimidad muy distinto de lo que estamos acostumbrados a concebir como casas-habitación.

Fue en el siglo xvii, cuando las casas empezaron a disponer de habitaciones a las cuales algunos de sus moradores podían retirarse de la mirada del público. Justa-

mente, se les llamó habitaciones privadas (Rybczynski, 1989). Por ello, como lo señala Soledad Murillo, justo en el siglo al que aludo, se asiste «al mudo acontecimiento de la privacidad, que consiste en plegarse sobre uno mismo y disfrutar del privilegio de la reserva» (Murillo, 1996: xv).

Sin embargo, la casa, como territorio en el que se funda y recrea la vida familiar no representa ni práctica ni simbólicamente lo mismo para las mujeres que para los hombres. Mientras para las primeras constituye un espacio de actividades rutinarias que les demanda esfuerzo, trabajo y el compromiso de su tiempo y de sus cuerpos para atender a los demás, para los masculinos, ese mismo espacio parece conferirles la oportunidad del repliegue, de la reposición de fuerzas e incluso del cultivo de actividades que redunden en un mejor desarrollo de sus habilidades intelectuales (Murillo, 1996).

Es aquí donde se funda la óptica desde la que me aproximo a mirar el mundo de las casas de las familias; como un espacio en el que se reproduce, amalgama y modifica la división sexual del trabajo. Como lo hemos visto en algunas cifras, para las mujeres, la dimensión doméstica de las casas, es decir, el conjunto de actividades, tareas y funciones que le exigen a los cuerpos femeninos, su dedicación y atención hacia los demás; es ese tiempo que descentra el cuerpo femenino para dedicarse a cubrir y procurar las demandas de los otros (infantes, adultos masculinos, senectos y viejos), con relativo o total descuido del tiempo y atención privada e íntima para la mujer y/o para las mujeres que habitan el hogar (Murillo, 1996). Es donde el llamado «tiempo libre» de las

mujeres se ve constantemente salpicado de actividades domésticas, yuxtapuestas a otra serie de «distracciones» como mirar una telenovela o escuchar la radio mientras se plancha la ropa, se lavan los trastos o se piensa en los víveres que se requerirán horas más tarde o por la mañana, a fin de que el resto de la familia pueda continuar la vida (Guadarrama, 1996; 1997; 1998a; 1998b; 2000).

En contraste, ese mismo espacio de residencia, en el caso del masculino, asume otra dimensión; emerge como microlugar(es) de repliegue para encontrarse consigo mismo, para ocuparse de sí en tanto alejado de las responsabilidades de la actividad pública --del trabajo como parte estructural de la mundialización-globalización, como diría Alicia Lindon (1997)--. Se trata, desde la condición masculina, de un escenario en el que se descansa e incluso hay espacio y condiciones para actividades recreativas o formativas que contribuyen tanto al mejoramiento de la autoestima, como al desarrollo de conocimientos y habilidades renovadas. Incluso, si de ver televisión se trata o de leer el diario, el masculino, por su construcción de género, podrá sustraerse de toda demanda doméstica pues hay una o más mujeres (cónyuge, madre, hermanas o hijas) que se ocuparán de tales peticiones, pues han sido formadas socioculturalmente para exteriorizarse hacia los demás, olvidándose de sus propios afanes y preferencias.

Sin embargo, esta pseudo-dicotomía dibujada en las relaciones de género al interactuar con el espacio privado y doméstico de las casas familiares, puede estar cambiando o reformulándose como consecuencia de

las transformaciones socioculturales que están arribando a los micromundos familiares. Así, las nuevas tecnologías pueden ser, más que un asunto de género, un asunto de estrategias mercadológicas en las que se describen dos movimientos. Por un lado, una amplia estrategia para ampliar y posicionar en el mercado (siempre a bajo costo relativo) el abanico de oportunidades para adquirir las nuevas tecnologías y, con ello, anunciar una mejor resolución de la vida cotidiana o de los requerimientos laborales u ocupacionales. Por otro, hacer entrar, en el menor tiempo posible, nuevos productos que colocan en obsolescencia a los aparatos precedentes. Ante ello, los subsistemas familiares más jóvenes suelen responder de una manera más rápida que los adultos o los viejos y se apropian de las nuevas propuestas, hasta hacerlas incursionar en el espacio de los hogares.

Se presume que se forja una nueva construcción del género, en el que las mujeres y hombres entrarán en nuevos desafío, pues emergen rostros que trazan los principales rasgos de lo que ahora es femenino y masculino. Me parece que el género, como ámbito relacional, está planteando nuevas brechas e identidades por resolver. Desde luego, los discursos sobre masculinidad y feminidad se están escribiendo con otras tintas y con colores diferentes, pero conviven y acaso se nutren de los textos que perduran desde la narrativa familiar, así como desde los discursos mediáticos.

INTERACCIONES FAMILIARES Y MEDIÁTICAS, DESDE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

La familia, independientemente del tipo de estructura, se abre para atender las necesidades de otros sistemas intrafamiliares, en tanto que son las mujeres las que están atentas a las peticiones y necesidades de sus familiares; con ello se ve aumentada la ritmicidad de algunas mujeres, en contraste con lo que sucede con los masculinos, quienes presentan una mayor periferia respecto a las necesidades que emergen en sus propias familias precedentes (Guadarrama, 2002).

En diversos estudios realizados por Guadarrama, se ha observado que cuando los sistemas familiares presentan perfiles en los que sus actividades y ocupaciones les implican alta ritmicidad (actividades reproductivas, productivos o formativas y de tiempo libre extrafamiliar), se van desmembrando y desapareciendo las escenas de convivencia colectiva en el mundo privado de los hogares (Guadarrama 1997; 1998; 1999; 2000; 2001; 2002); quizá debemos empezar a mirar y a concebir de otro modo la forma en que discurre la vida de las familias urbanas.

Adicionalmente, cuando se han comparado rutinas de mujeres y hombres provenientes de sistemas familiares de clase media, se observa que las primeras, a pesar de trabajar (tener empleo) como sus parejas --mismo número de horas-- no escapan a la participación en la labor doméstica, amén de ocuparse de sí mismas y de los demás. Asimismo, las mujeres que cuentan con niveles educativos superiores a la media

nacional, han logrado «liberarse» de actividades reproductivas pero transfieren el trabajo doméstico a otras mujeres, como una forma tosca de liberación (Guadarrama, 2001, 2002).

Desde otro ángulo, cuando una hija se convierte en madre y tiene condiciones de apoyo interfamiliar para continuar estudiando, hace también labores domésticas (aunque en menor proporción que su madre, por ejemplo), pero se aglutina con el apoyo recibido por otra mujer, como resultado del repliegue de su cónyuge para tomar parte en las nuevas responsabilidades.

Si la condición de madresposa⁷ aún no tiene como exigencia empírica la responsabilidad materna y/o conyugal, algunas mujeres jóvenes de clase media, pueden verse desligadas de una gran cantidad de actividades reproductivas dentro del entorno doméstico de sus propios sistemas familiares. Pero ello se acepta a cambio de que el mayor tiempo se dedique a las actividades formativas como estudiar, realizar tareas escolares y/o trabajar en el espacio público. No obstante, son otras mujeres del sistema familiar las que se harán cargo de dar cumplimiento a sus tareas domésticas; difícilmente tomará el timón un masculino.

Dichos componentes de la condición de género, hacen que durante *su tiempo libre* los hombres muestren mayores vínculos con los contenidos mediáticos pues cuentan con mejores «condiciones de género» para sustraerse casi exclusivamente en esta actividad. Y, desde luego, ello se debe a que las prácticas de interacción mediática ocurre en el escenario de la casa: donde se trata de

un espacio para el trabajo de las mujeres. Desde luego, también las mujeres se vincularán a los medios de comunicación, pero en la mayoría de las ocasiones no lo podrán llevar a cabo de manera absorta pues las demandas de los demás integrantes de *su sistema familiar* se ven entrelazadas con su vinculación mediática.

En contrapartida, el masculino puede atender las cambiantes peticiones de trabajo (empleo), incluso de turnos y jornadas distintas: ora por la mañana, ora por la tarde o por la noche, debido a la periferia que le caracteriza en tanto masculino. Pero ello se puede comprender en la medida en que su participación doméstica es absorbida por la/s mujer/es. En tal sentido, con énfasis especial en las clases medias, el masculino no edificará un gran saber sobre el mundo doméstico; en estas condiciones de género no estará listo para atenderse, para resolver el mundo de las tareas de casa, en tanto se ha pasado la vida en el mundo público.

Como lo veremos más adelante, al llegar a casa, el masculino descansará por su condición de género y por la relación diádica que establece con las mujeres; pero también lo hará porque no sabe gran cosa sobre ese micromundo en el que habita; porque no cuenta con la pericia, los saberes ni las habilidades para hacerse cargo —por entero— de tareas domésticas o reproductivas⁸. Teme, quizá, ser tachado de no masculino, de mandilón, como se dice en México a quienes desarrollan conocimientos, habilidades y a quienes encaran frontalmente tareas enclaustradas culturalmente en el mundo de las mujeres.

Algunos masculinos de sistemas ampliados (sobre todo los abuelos y padres) pueden hacerse cargo, espasmódicamente, del cuidado de los pequeños; pero sólo como una suerte de entretenimiento marginal, en tanto no les implica la atención prolongada sino el *entretenimiento*. Más aun, este tipo de ayudas en el cuidado de los vástagos puede ser considerado como un nuevo perfil que marca los primeros matices de una masculinidad que en el pasado no se hacía cargo ni de estos apoyos secundarios. Este rasgo es el que hoy está reconfigurando la nueva identidad paterna. Pero también se torna en una característica que puede irrumpir en los cuerpos masculinos de mayor edad, cuando su función de parentesco se mueve hacia la condición de abuelo y hacia el acrecentamiento del tiempo libre frente a los contenidos mediáticos (Robinson y Godbey, 1999).

Al analizar las rutinas durante los fines de semana, se ha observado que la ritmicidad de todo el sistema familiar disminuye razonablemente, pero el mayor descanso lo logran los masculinos. Adicionalmente, la práctica deportiva parece más notoria en los masculinos que en las mujeres (Guadarrama, 2001; 2002).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Cuando se han estudiado con mayor detalle las rutinas que trazan los integrantes de una estructura familiar monoparental de cabeza femenina, cobran mayor relieve las actividades de tiempo libre en la (ex)cónyuge y me parece que ello contribuye fuertemente al replanteamiento de la identidad de géne-

ro, no sin las fuertes presiones socioculturales que implica dar vida y sentido a este tipo de sistema, de cara al esquema conyugal nuclear idealizado, que predomina en gran parte de México y de otros países de América Latina.

Así, de cara a estos movimientos socioculturales que se aprecian en otras estructuras y trayectorias familiares, desde el campo de la investigación en comunicación debemos tratar de construir nuevos objetos de estudio, a fin de explorar y explicar qué, cómo y por qué suceden determinadas formas de interacción familiar y mediática. Adicionalmente, estaremos en posibilidad de establecer comparaciones entre distintas trayectorias e iluminaremos de mejor manera el campo de la comunicación.

NOTAS

¹ Como lo señala David Cheal, la familia *conyugal*, está fundada en las relaciones de matrimonio en las que el vínculo entre la pareja ocupa un lugar central y de allí se desgranar las estrechas relaciones entre el padre, la madre y los hijos. Paralelamente, se denomina *nuclear*, en tanto hace alusión a un grupo social mínimo que es plenamente correspondiente, según hipotetizó Goode, con las necesidades de alta movilidad laboral que exige una organización industrial (Cheal, 1997).

² Hogar familiar, de acuerdo con la definición del INEGI, se refiere al tipo de hogar en el que por lo menos uno de los integrantes tiene relación de parentesco con el jefe del hogar.

³ También en la mayor parte de las ciudades de Latinoamérica, una gran proporción de

familias están sobre la base de dos hijos, en promedio (Guadarrama, 2000). Esta característica la compartimos con muchos países desarrollados como Gran Bretaña, Austria, Suecia y Noruega, entre otros (Castells, 1999).

⁴ Para muestras, un perla claramente emblemática: la película: *Nosotros los Pobres*, estelarizada por el legendario Pedro Infante y Blanca Estela Pavón. La relevancia de este tipo de filmes es que han pretendido convencer—sobre todo a quienes tienen una vida precaria— que precisamente por vivir en la pobreza, se desarrolla una alta capacidad para amar y para cultivar la unión familiar; características de la dinámica familiar que—desde luego— «envidian» los ricos. Dicho sea de paso, este tipo de filmes se han mantenido por largo tiempo en las atmósferas familiares a través de los llamados “ciclos de...”, mismos que hacen posible llegar a nuevos sistemas y subsistemas familiares.

⁵ En el campo de los estudios sobre familia, una gran cantidad de autores se han sumado al concepto “ciclo de vida”, sin embargo, he optado por otro más amplio y dinámico a la vez, el de *curso o trayectoria de vida*. En un trabajo más amplio, discuto las ventajas de este concepto (Guadarrama, 2000).

⁶ Aludo a los trabajos de: Leoncio Barrios, 1992; Jorge González, 1994; Karla Covarrubias *et al.*, 1994 y Karla Covarrubias, 1998.

⁷ Empleo el término *madresposa*, siguiendo el planteamiento expuesto por Marcela Lagarde (1993), en su extraordinario trabajo titulado: *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*.

⁸ Me refiero básicamente a condiciones de género en las que la centralidad de la madreposas está más acentuada en papeles con-

vencionales de estructura conyugal-nuclear y patriarcal; pero no dejo de reconocer que dichas relaciones de género en el ámbito doméstico e íntimo de la familia, están cambiando fuertemente en nuevas trayectorias familiares, dando origen a inéditas pautas interaccionales y relacionales entre hombres y mujeres y, en consecuencia, mediáticas.

REFERENCIAS CONSULTADAS

Aguilar, Miguel Ángel *et. al.* (1995), “Televisión y vida cotidiana. Una aproximación cualitativa” en *Versión*, núm. 5, México, UAM-Xochimilco.

Badinter, Elisabeth (1993), *xy. La identidad masculina*, España, Alianza editorial.

Barrios, Leoncio, (1992), *Familia y Televisión*, Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Caballero Hoyos, Ramiro y Rosa María Pineda (1999), “Consumo y exposición de adolescentes a los medios de comunicación” en *Comunicación y Sociedad*, núm. 35, México, Departamento de Estudios de la Comunicación Social, Universidad de Guadalajara.

Castells, Manuel (2000), “La era de la información” en *Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, vol. 1, México, Siglo XXI.

Cheal, David (1997), *Family and the State of Theory*, New York, Harvester Wheatsheaf.

Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2001), *Índices de Marginación 2000*, México, Consejo Nacional de Población.

Cornejo Portugal, Inés (1992), “El psicodrama aplicado al estudio de la recepción familiar televisiva” en *Comunicación y Sociedad*, núm. 14-15, México, CEIC- Universidad de Guadalajara.

- Cortázar Rodríguez, Francisco Javier (1998), "Ciberrelaciones: amistad, amor y sexo en los salones de Chat" en *Comunicación y Sociedad*, núm. 34, México, Universidad de Guadalajara.
- Covarrubias, Karla Yolanda, *et al.* (1994), *Cuéntame en qué se quedó. La telenovela como fenómeno social*, México, Trillas.
- Covarrubias Cuellar, Karla. (1998), "Etnografía: el registro del mundo social desde la vida cotidiana (apuntes metodológicos)" en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. IV, núm. 8, México, Universidad de Colima.
- Crovi Druetta, Delia (1990), "La televisión por cable: el caso mexicano" en *Cuaderno de Ciencias de la Comunicación*, núm. 1, México, FCPYS, UNAM.
- _____ (1993), "Libre Comercio en TV... fantasía de diversidad" en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, núm 54, México, FCPYS, UNAM.
- _____ (1994), "Televisión y procesos identitarios" en *Comunicación y Sociedad*, núm. 20, México, Universidad de Guadalajara.
- _____ (1999), "El placer de ver televisión. Los televidentes opinan" en *Convergencia*, año 6, núm. 20, México, UAEM/CIPAP.
- De la Peña, Ricardo y Toledo, Rosario (1992), "Consumo televisivo en el Valle de México" en *Inter-medios*, núm. 3, México.
- Fuentes Navarro, Raúl (1997), "Consolidaciones y fragmentación de la investigación de la comunicación en México, 1987-1997" en *Comunicación y sociedad*, núm. 30, México, Universidad de Guadalajara.
- Fuentes Navarro, Raúl (1999), "Reflexividad y prácticas de investigación entre académicos de la comunicación en México", en *v Anuario de Investigación de la Comunicación CONEICC, México, CONEICC/Universidad Iberoamericana.*
- Salazar Median, Julián (2003), *Reseña histórica* [en línea] s/f [consultado el 16 octubre 2003]. Disponible en <http://148.215.9.2/his.html>
- García Canclini, Néstor (1996), *Consumo cultural y medios en la ciudad de México* [en línea] s/f. [consultado el 14 noviembre 1996]. Disponible en <http://www.Infosel.com.mx/reforma/especial/Medios2/default.html>
- Garitaonandía, Carmelo (1987), "La estructura de la programación y la importancia de programas en las televisiones de Europa Occidental" en *Análisis*, núm. 10/11, España, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Garitaonandia, Carmelo, E. Fernández Peña y J. A. Oleaga (2000), "La gestión de la abundancia: tiempo del consumo y uso del mando a distancia de la televisión multicanal" en *Zer. Revista de estudios de comunicación*, núm. 9, España, Universidad del país Vasco.
- Goodman, Irene (1983), "TV's Role in Family Interaction" en *Journal of family issues*, vol. 4, núm. 2.
- González, Jorge (1993), "La cofradía de las emociones in/terminables. Telenovela, memoria, familia" en *El consumo cultural en México*, García Canclini, Nestor (coord.), México: CONACULTA.
- González, Jorge (1994), *Mas(+) cultura(s) Ensayos sobre realidades plurales*, México, CONACULTA.
- Gripsrud, Jostein (1999), *Television and common knowledge*, Gran Bretaña, Routledge.

- Guadarrama, Luis Alfonso (1995a), *Géneros para la televisión, una propuesta*, UAEM, Mecanograma.
- _____ (1995b), “Televisión en México: Perfiles y nuevas contiendas” en *Comunicación, globalización y política*, Toluca, FCPYAP/Universidad Autónoma del Estado de México.
- _____ (1995c), *Géneros para la televisión, una propuesta*, UAEM, Mecanograma.
- _____ (1996a), “Familias y televisión: una reconstrucción sistémica” en *Revista Convergencia*, núm. 12/13, Toluca, FCPYAP/ UAEM.
- _____ (1996b), “Poder en la familia y televisión” en *Revista Papeles de Población*, núm. 12, Toluca, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población/UAEM.
- _____ (1997a), *Familias televisión un enfoque sistémico*, Tesis de maestría, México, Universidad Iberoamericana.
- _____ (1997b), “Familia y televisión, una mirada sistémica” en *Familia ¿Célula social?*, Jiménez Guillén (coord.), México, Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- _____ (1998a), *Dinámica familiar y televisión. Un estudio sistémico*, México, Cuaderno de Investigación, Coordinación General de Investigación y Estudios Avanzados/UAEM, Primera edición.
- _____ (1998b), “Consumo audiovisual en jóvenes mexicanos” en *Questiones publicitarias*, núm. 7, Sevilla, Facultad de Ciencias de la Información, España. Facultad de Comunicación. Universidad de Sevilla
- _____ (1998c), “Hacia una cultura audiovisual en los jóvenes” en *Espacios de Comunicación*, Esteinou, Javier (coord.), núm. 3. México, Universidad Iberoamericana.
- _____ (1998d), “Familia, telenovelas y fútbol. Estudio de caso desde el enfoque sistémico” en *v Anuario de Investigación de la Comunicación*, Lozano y Benassini (eds), México, CONEICC.
- _____ (1999a), “Masculinidad y publicidad” en *Espacios Públicos*, año. 2, núm. 3, Toluca, FCPYAP/ UAEM.
- _____ (1999b), “Géneros televisivos en México. Un paseo por la geografía de cuatro décadas” en *Convergencia*, núm. 19, Toluca, FCPYAP/ UAEM.
- Guadarrama, Luis Alfonso y Ana Carbajal (1999c), *Notas para una base de datos sobre la oferta televisiva en México*, México, UAEM, Mecanograma.
- Guadarrama, Luis Alfonso y Fabiola García (1999d), “Programas televisivos y poder en la familia”, Ponencia presentada en el XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en la Universidad de Chile, Concepción, Chile.
- Guadarrama, Luis Alfonso y María Inés Téllez (1999e), “La década de los 90. Un balance crítico acerca del binomio Televisión-Familia” en *vi Anuario de Investigación de la Comunicación*, Benassini, Claudia (ed), México, CONEICC.
- Guadarrama, Luis Alfonso (2002), “Comunicación, salud y familia. Retos de nuestra cultura”, Ponencia presentada en el *Seminario sobre Cultura Organizacional y el Desarrollo Institucional en el Sistema de Salud*, Organizado por el Gobierno del Estado de México, México.
- Guadarrama, Luis Alfonso, Valero, Jannet, Cortés, Edith y Brito, Karla (2002), “Familia, jóvenes y promoción de la Salud”, Ponencia presentada en el *v Encuentro Cuba-México en Psicología y Psiquiatría Clínicas*, Congreso Internacional de Psicología y Psiquiatría Clínicas, La Habana, Cuba.

- Guadarrama Rico, Luis Alfonso (2000a), *Dinámica familiar y Televisión. Un estudio sistémico*, Cuaderno de Investigación, Coordinación General de Investigación y Estudios Avanzados/UAEM [Segunda edición, primera reimpresión], Toluca, UAEM.
- _____ (2000b), “Familia. Un espacio de tensiones para la cultura de Paz” en *Anuario CONEICC*, núm. VII, México, CONEICC/UAM-Xochimilco.
- _____ (2000c), “Boceto metodológico para investigar la interacción familia y medios de comunicación” en *Revista Convergencia*, núm. 22, Toluca, FCPYAP/UAEM.
- _____ (2000d), “Propuesta metodológica para investigar la interacción familia y medios de comunicación”, Ponencia presentada en el *Primer Congreso CONACYT de Ciencias Sociales*, celebrado en Oaxaca, México, del 19 al 22 de marzo.
- _____ (2001a), “Mi hermano es un inútil... Aunque Usted no lo crea” en *Revista Texto Abierto*, núm. 1, México, Universidad Iberoamericana León.
- _____ (2001b), “Sistemas de clasificación para los medios. Entre el control, la censura y la vida de las familias” en *Revista Convergencia*, núm. 26, Toluca, FCPYAP/UAEM.
- Guinsberg, Enrique (1990), *Normalidad, conflicto psíquico, control social*, México, Ed. Plaza y Valdés.
- _____ (1991), “Recuperar el estudio del receptor. Diálectica subjetivo-social en los medios masivos” en *Telos*, Fundesco, núm. 25, España.
- _____ (1997), “¿Qué buscan los receptores? Una perspectiva psicológica y psicoanalítica” en *Telos*, núm. 48, Fundesco, España.
- _____ (1998), “Placer y deseo en los procesos de recepción. Una aproximación psicoanalítica” en *Comunicación y Sociedad*, núm. 33, México, Universidad de Guadalajara.
- _____ (1999), “Televisión y familia en la formación del sujeto” en v *Anuario de la Comunicación*, México, CONEICC/UIA.
- _____ (2000), “Lo light, lo domesticado y lo bizantino en nuestro mundo psi” en *Revista Subjetividad y cultura*, núm. 14, México, Plaza y Valdés.
- Gutiérrez Gea, Charo (2000), “Televisión y calidad: perspectivas de investigación y criterios de evaluación” en *Zer. Revista de estudios de comunicación*, núm. 9, España, Universidad del país Vasco.
- Ibarra López, Armando (1998), “Recepción televisiva en tres familias de Guadalajara. Primer acercamiento a su identidad tapatia” en *Comunicación y Sociedad*, núm. 33, México, Universidad de Guadalajara.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI) (1993), *Hogares. Tabulados temáticos*, México, INEGI.
- _____ (1994a), *Estadísticas históricas de México*, T. I, México, INEGI.
- _____ (1994b), *Estadísticas históricas de México*, T. II, México, INEGI.
- _____ (1998), *Las familias Mexicanas*, México, INEGI.
- _____ (1993), *Hogares. Tabulados temáticos*, México, INEGI.
- _____ (2001), *XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Tabulados básicos*, T. II, México, INEGI.
- _____ (2000), *XII Censo General de Población y Vivienda 2000 Resultados preliminares*, México, INEGI.

- ____ (2000a), *XII Censo General de Población y Vivienda 2000*, México, INEGI.
- ____ (2001), *XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Tabulados básicos*, T. II, México, INEGI.
- ____ (2001), *Tabulados básicos nacionales y por entidad federativa. Base de datos y tabulados de la muestra censal*, México, INEGI.
- Instituto Mexicano de Investigación de Familia y Población (IMIFAP) (2000), *Educación, Salud y Vida. Reporte de Quince años 1985-2000*, México, IMIFAP.
- Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) (2000), *Jóvenes e instituciones en México, 1994-2000*, México, SEP- IMJ.
- Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) (2000), *Encuesta Nacional de Juventud 2000. Resultados preliminares*, México, SEP- IMJ -Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud.
- Jensen, Hope *et al.* (1985), "Family contexts of television" en *ECTJ*, vol. 33, núm. 1.
- Jiménez, Lucina (1993), "¿Qué onda con la radio? Un acercamiento a los hábitos radiofónicos e intereses socioculturales de los jóvenes de la ciudad de México" en *El consumo cultural en México*, García Canclini, Nestor (coord.), México, CONACULTA.
- Lagarde, Marcela (1993), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM.
- Langellier, Kristin y Peterson, Eric (1997), "Las historias de la familia como estrategias de control social" en *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*, Dennis Mumby (comp.), Buenos Aires, Amorrortu.
- Lindon Villoria, Alicia (1997), "El trabajo y la vida cotidiana. Un enfoque desde los espacios de vida" en *Economía, sociedad y territorio*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense.
- Llano, Clara (1992), "Usos sociales de la televisión y de la telenovela. La telenovela en el barrio popular" en *Televisión y melodrama*, Martín-Barbero y Sonia Muñoz, (coord), Colombia, Tercer mundo, editores.
- Lozano, José Carlos (1994), "Recepción y uso de medios de comunicación en los jóvenes fronterizos" en *Anuario de investigación de la comunicación*, México, CONESICC.
- Lull, James (1980), "The social uses of television" en *Human Communication Research*, vol 6, núm. 3.
- ____ (1988), *World families watch television*, New York, Sage Publications.
- ____ (1990), *Inside family viewing. Ethnographic research on television's Audiences*, London and New York, Routledge, Eds.
- ____ (1992), "Recepción televisiva, reforma y resistencia en China. Un estudio etnográfico" en *Hablan los televidentes*. Op. Cit
- Mazziotti, Nora (1996), *La industria de la telenovela. La producción de ficción en América Latina*, Argentina, Paidós.
- Morley, David (1986), *Family television. Cultural power and domestic leisure*, Gran Bretaña, Comedia.
- Morley, David y Silverstone, Roger (1994), "Comunicación y contexto. Perspectivas etnográficas sobre la audiencia de medios" en *Versión*, núm. 4, México, UAM-Xochimilco.
- Murillo, Soledad (1996), *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Madrid, Siglo XXI.

- Orozco Gómez, Guillermo (1987), "El impacto educativo de la tv. no educativa; un análisis de las premisas epistemológicas de la investigación convencional" en *Revista latinoamericana de estudios educativos*, núm. 3, México, CEE.
- Orozco Gómez, Guillermo (1990a), "Prácticas de mediación de la familia y la escuela en la recepción televisiva de los niños" en *Proyecto de Investigación del Programa Institucional en Comunicación y Prácticas Sociales*, Mecanograma, México, UIA/PROICOM.
- ____ (1991), *Recepción televisiva. Tres aproximaciones y una razón para su estudio*, México, UIA/PROICOM.
- ____ (1992), "Familia, televisión y educación en México. La teoría educativa de la madre como mediación en la recepción televisiva de los niños" en *Hablan los televidentes*, Orozco Gómez, Guillermo (comp), Op. cit.
- ____ (1993), "Cultura y televisión: de las comunidades de referencia a la producción de sentido en el proceso de recepción" en *El Consumo Cultural en México*, García Canclini (coord), México, CONACULTA.
- Pastoriza, Francisco (1997), *Perversiones televisivas. Una aproximación a los nuevos géneros audiovisuales*, Madrid, Instituto Oficial de Radiotelevisión Española.
- Renero Quintanar, Martha (1992), "La mediación familiar en la construcción de la audiencia. Prácticas de control materno en la recepción "tele-viciva" infantil" en *Hablan los televidentes*, Orozco, Guillermo (comp), Op. cit.
- ____ (1995), "Audiencias selectivas en el entorno de la oferta multiplicada; el discurso materno acerca de los usos de la televisión y otros medios" en *Comunicación y Sociedad*, núm. 24, México, Universidad de Guadalajara.
- Ribczynski, Witold (1989), *La casa. Historia de una idea*, España, Nerea.
- Robinson, John y Godbey, Geoffrey (1999), *Time for Life*, United States of America, Penn State Press.
- Sánchez Ruiz, Enrique (1991), "Hacia una periodización y cronología sobre la televisión Mexicana" en *Comunicación y sociedad*, num. 10-11, México, Universidad de Guadalajara.
- ____ (1994), "Cine, televisión y video: Hábitos de consumo filmico en Guadalajara" en *Comunicación y sociedad*, núm. 22-23, México, Universidad de Guadalajara.
- Segura Escobar, Nora (1992), "Usos sociales de la televisión y de la telenovela. La Familia frente a la televisión: Hábitos y rutinas de consumo en Cali" en *Televisión y melodrama*, Martín-Barbero, Jesús y Sonia Muñoz (coord), Colombia, Tercer Mundo Editores.
- Silverstone, Roger y Eric, Hirsch (eds.) (1996), *Los efectos de la nueva comunicación. El consumo de la moderna tecnología en el hogar y en la familia*, Barcelona, Bosch.
- Steinglass, Peter (1993), *La familia alcohólica*, España, Gedisa.
- Taylor, S y Bogdan, R. (1984), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, México, Paidós.
- Trejo Delarbre, Raúl (1992), "La tragedia de la televisión estatal" en *Excelsior*, 9 de abril, México.
- Trejo Delarbre, Raúl (1993), "Nuestra televisión: cantidad no es calidad" en *Intermedios*, núm. 6, México, DGRTC.

Turkle, Sherry (1997), *La vida en la pantalla*.
La construcción de la identidad en la era
de internet, España, Paidós.

Whitaker, Reg (1999), *El fin de la privacidad*.
Cómo la vigilancia total se está convirtiendo
en realidad, España, Ed. Paidós, Comunica-
ción núm. 109.